

... que la violencia...
 ... que ha perdido la consideracion...
 ... la Republica de Bolivia no se referia a sus cuartales...
 ... y no llama a la direccion de los negocios...
 ... con grandisima dificultad...
 ... el desarrollo del trabajo y la libertad...
 ... de toda regeneracion y de todo...

... los peruanos...
 ... el 10 de Febrero de 1825...
 ... la Constitucion...
 ... el Libertador...
 ... la presidencia vitalicia...
 ... el Peru...
 ... el 10 de Febrero de 1825...
 ... la Constitucion...
 ... el Libertador...
 ... la presidencia vitalicia...
 ... el Peru...

CAPÍTULO IX.

Perú.

Con la rendicion del Callao, que defendió hasta el último momento el general español Rodil, terminó para los peruanos la guerra de la independenciam y comenzó la tarea más difícil, la de organizar el país. En 10 de Febrero de 1825, reunió Bolívar en Lima á los representantes del que se llamaba entonces Bajo Perú, resignando en la Asamblea sus poderes de dictador, cargo que continuó ejerciendo á instancias de aquella que no quiso admitirle la dimision. Poco tiempo despues redactó el Libertador una Constitucion para la República de Bolivia (Alto Perú), que fué aceptada por los representantes del país en Mayo de 1826, por la que se le conferia la presidencia vitalicia. Quiso tambien que la misma Constitucion se adoptara por el Perú, á lo que se negaron en un

principio los peruanos, accediendo por último, por temor á la anarquía que amenazaba presentarse al solo anuncio de que Bolívar habia resuelto abandonar el país.

En 9 de Diciembre de 1826, aniversario de la victoria de Ayacucho, se prestó juramento á la Constitucion antes propuesta; pero los peruanos que veian con inquietud ocupado su país por un ejército numeroso, turbulento y algo indisciplinado, tan luego como Bolívar salió de Lima en Marzo de 1827, manifestaron su descontento, expulsando al ejército del Libertador. El general Santa Cruz gobernaba entonces como presidente del Consejo Supremo; un *cabildo* provisional (magistratura municipal que suprimió la nueva Constitucion) considerando que esta habia sido, segun sus palabras textuales, impuesta por la violencia contra la voluntad del pueblo, se dirigió á dicho Consejo suplicándole que convocara un Congreso de representantes legítimos de la nacion, á fin de deliberar lo que podria ser más conveniente en aquellas circunstancias. Procedióse á elecciones generales, y en el mes de Julio el Congreso elegido derogó la Constitucion de Bolívar, nombrando presidente de la República al general La Mar y vicepresidente á D. Manuel Salazar. Santa Cruz habia insistido para que se le admitiese la dimision.

El nuevo gobierno no solo tuvo que resistir los vivos ataques de los *bolivaristas*, sino que hubo de hacer frente á los esfuerzos de Sucre que desde Bolivia trataba de restablecer en Lima, la influencia colombiana; pero muy pronto dueño aquel de la situacion, fué á prestar su auxilio á los bolivianos que trataban á su vez de sacudir el yugo. Bolívar publicó en Agosto de 1828 un manifiesto, al cual se contestó enérgicamente echando todas las culpas, especialmente la de la agresion, sobre Bolívar á quien calificaba de «enemigo de la independencia peruana.» El ejército del Perú cometió el error de invadir el territorio colombiano, y fué destruido

casi enteramente el dia 25 Febrero de 1829 en la batalla de Siron. El Libertador no abusó de la victoria; estipuló una paz sumamente honrosa para los vencidos, á los cuales dejaba la libre administracion de sus negocios, garantizando la ejecucion de este tratado el gobierno de los Estados-Unidos.

La Mar, sin embargo, pagó cara su conducta. El jefe de su Estado Mayor, Agustin Gamarra, aprovechándose del descrédito en que aquél habia caido á consecuencia de la indicada catástrofe, se entendió con otro oficial llamado Lafuente para derribarle del poder. Apoderóse aquél del desgraciado presidente y le hizo embarcar en Piura, mientras que en Lima el audaz Lafuente quitaba á Salazar y Baquijano el poder que desempeñaba interinamente en ausencia del presidente, se declaraba Jefe Supremo y convocaba en 1830 una Asamblea encargada de dar un sucesor á La Mar. La eleccion burló los cálculos de Lafuente, pues solo le confirió la vice-presidencia, y el Poder supremo fué á parar á manos de Gamarra.

Era este un hombre reservado y astuto, que debia su rápida carrera á su mujer, hermosa é intrépida amazona, que lo habia levantado desde la más baja esfera hasta la más brillante y elevada.

Los triunfos de salon no podian ser bastantes para la señora de Gamarra. Siempre á caballo en medio de los soldados á quienes entusiasmaba su presencia, se la veia en las marchas resistir el cansancio, y en los combates siempre en lo más recio del peligro. El entusiasmo rayaba en delirio cuando en las revistas que pasaba, galopaba empuñando la espada, flotando en el aire las plumas de su sombrero, por el campo de maniobras. A últimos de 1831 dió Gamarra dos proclamas, una al país y otra al ejército, felicitándoles por el restablecimiento de las inteligencias con Bolivia, como tambien, segun decia, por el deseado término de las agitaciones interiores, á las cuales habian sucedido el orden y la

concordia. Mas aquel orden y aquella concordia habian de ser muy poco duraderos. Como única prueba de la verdad de este aserto, citaremos el complot tramado contra la vida del Presidente: su principal autor era un capitán que el 18 de Marzo de 1832 mandó en Lima hacer fuego contra Gamarra á sus soldados, que no quisieron obedecer. El capitán fué pasado por las armas y la conspiracion no tuvo más consecuencias, terminándose el año sin otro incidente digno de mencionarse. El término legal de los poderes del Presidente estaba á punto de espirar; Gamarra reunió un Congreso con cuya buena voluntad contaba para hacérselos prorogar y conseguir al mismo tiempo la revision de la Constitucion; mas salieron fallidas sus esperanzas; elevado por una mujer, las mujeres fueron las que determinaron su caida. El bello sexo de Lima hizo pesar su influencia en la balanza electoral en favor de D. Luis Orbegoso, jóven y bullicioso caballero, descendiente de una de las primeras familias de la ciudad y perteneciente á la raza blanca. Es verdad que Gamarra no se presentó candidato ostensiblemente, sino que puso al general Bermudez en frente del protegido de las damas y de las clases altas de la sociedad, detrás del cual pensaba gobernar el Presidente. Viendo que por el camino legal el poder se le iba de las manos, resolvió recobrarlo por la violencia. En Enero de 1833 hizo una revolucion militar que obligó al nuevo elegido á refugiarse en el Callao, mientras en Lima recibia Bermudez la investidura de Jefe Supremo; pero este triunfo fué muy efímero, porque el pueblo sublevado batió á los soldados de Gamarra obligándoles á huir, y el mismo Orbegoso les persiguió librándose una batalla cerca de Jauja, y si bien al principio fué rechazado, alcanzó en seguida la victoria que debió á la defeccion del coronel Echenique, que mandaba uno de los principales cuerpos de insurrectos.

Mientras, empero, el Presidente legal emprendia nuevamente el

camino de Lima, y Gamarra se refugiaba en Bolivia. Lafuente, de cuyo personaje hemos hablado ya, rompiendo su destierro, salia expresamente de Chile para apoderarse de la dictadura. En primero de Enero de 1835 sublevó la guarnicion del Callao; acudieron para combatirle desde Lima las tropas mandadas por el general Salaberry, fueron fusilados diez insurrectos, y Lafuente ocultándose pudo llegar otra vez á Valparaíso. Salaberry, jóven, atrevido, temerario y orgulloso con su victoria, concibió al instante la idea de sacar todo el partido posible en provecho propio. Apenas habian transcurrido dos meses que marchaba hácia la capital al frente de un grupo de rebeldes. Al tener noticia de su aproximacion, el Vice-presidente Salazar huyó precipitadamente seguido de algunos generales y de un centenar de soldados. Orbegoso se hallaba entonces viajando por la provincia, y Salaberry tomó posesion de Lima sin efusion de sangre, se proclamó Jefe supremo y se preparó á resistir los ataques del Gobierno legal, que él calificaba de «ambulante». Apoderándose de todas las facultades y dejando á un lado la Constitucion y las leyes, obligó á los capitalistas y principales habitantes á pagar contribuciones enormes, y fueron tantos los excesos cometidos por sus reclutadores, quienes tenian la orden de incorporar á todo el que les cayese á las manos, que todo el mundo buscó el medio de huir ó de ocultarse. Se suspendieron las comunicaciones con el exterior, y los caminos se poblaron de bandidos que llegaron hasta el centro de la ciudad para disparar sus armas contra las ventanas del palacio. Orbegoso habia podido conservar la ciudad de Arequipa desde donde imploró el auxilio de Bolivia. Santa Cruz pasó la frontera á la cabeza de un cuerpo de ejército, y ya hemos indicado lo que sucedió. Hemos referido en el capítulo que antecede de qué manera se formó una Confederacion entre Bolivia y el Perú bajo el protectorado de Santa Cruz, así como que terminó con la batalla de Jungay ganada

por el ejército chileno en 20 Enero de 1839. En el año anterior aquel mismo ejército mandado por el general Bulnes, había entrado en Lima y había puesto el poder en manos de Gamarra, mientras Orbegoso, que había quedado Presidente del Estado del Norte, se retiraba de la fortaleza del Callao, negándose á reconocer aquella dictadura impuesta por el extranjero y á asociarse á ella para combatir á Santa Cruz. La caída del Protector dejó á Gamarra en tranquila posesion de la presidencia del Perú, y la República disfrutó de cierta tranquilidad por algun tiempo, es decir, hasta 1841.

En aquella fecha tuvo lugar en Arequipa la revolucion promovida por el coronel Vivanco que se hizo proclamar bajo el título de Regenerador, y á cuyo favor se pronunciaron las provincias de Cuzco y de Punó, y una parte del ejército. Gamarra mandó á Castilla en persecucion del coronel sublevado, y este fué batido y arrojado á Bolivia, en donde abundaban de momento los regeneradores. Gamarra temia una vuelta ofensiva de Santa Cruz é invadió de improviso la Bolivia, intentando dar un último golpe á los partidos del Protector. Ya sabemos que se hizo matar á algunas leguas de La Paz en 18 de Noviembre de 1841. Los bolivianos penetraron á su vez en territorio del Perú; hasta que despues de algunas negociaciones se arregló un tratado, y se firmó la paz en 7 de Junio de 1842 entre ambos países, por mediacion y bajo la garantía de Chile.

Lafuente habia sido puesto al frente del ejército del Sur, y San-Roman que mandaba una division á las órdenes de aquel, se le separó acusándole de aspirar á la dictadura. Vinieron á las manos los dos generales, y en este conflicto, Manuel Mendez, presidente del Consejo de Estado que dirigia los asuntos gubernamentales durante la vacante de la Presidencia, declaró á Lafuente rebelde y traidor á la patria, reunió las fuerzas diseminadas por

las provincias que habian permanecido fieles, y les dió por jefe al general Torrico. El primer acto de Juan Crisóstomo Torrico fué destituir á Menendez y proclamarse Dictador por medio de un decreto fechado en Lima á 16 Agosto de 1842, en cuyo primer artículo se encargaba á sí mismo del Poder ejecutivo de la República hasta que terminara la guerra civil suscitada por el general don Antonio Gutierrez de Lafuente, y hasta la convocatoria de la representacion nacional.

Otro pretendiente le habia tomado la delantera, sin embargo, y poco tardó en llegar á Lima la noticia de que en 29 de Julio el general Vidal se habia declarado Jefe Supremo en Cuzco, por medio de un decreto por el estilo del de su contrincante, y que habia sido apoyado en Arequipa por Vivanco á quien vemos reaparecer mandando esta provincia con el grado de general. Lo cierto es que Vidal no obraba por cuenta propia, sino que lo hacia impulsado por el inquieto Lafuente, quien queriendo aparecer nombrado bajo la sombra de la legalidad, confiaba en el resultado de una eleccion que pensaba dirigir á medida de su deseo. Coincidiendo con estos acontecimientos, Orbegoso que se habia refugiado en el Ecuador, enviaba á cierto coronel llamado Herculles para revolucionar la provincia de Paita, pero Herculles entró en relaciones con el coronel Arrieta mandado contra él, y la tentativa abortó desde luego. Entonces fué cuando Vidal y Torrico se encontraron en Agua Santa; este tuvo que batirse en retirada, y aquel despues de haberle derrotado, hizo su entrada en Lima.

Nunca estará mejor dicho aquello de que la roca Tarpeya está cerca del Capitolio, que aplicándolo á los presidentes de la República del Perú que se sucedieron durante la época que sucintamente acabamos de referir. Vivanco no habia renunciado á sus antiguas ambiciones; jamás se habia sometido á Vidal, y si aceptó el mando de la provincia de Arequipa que Lafuente le confi-

riera, fué sin duda para mejor ocultar sus propósitos y poder permanecer más cerca de sus parciales. Vivanco tenía, como Gamarra, una mujer ambiciosa y resuelta. Una noche mientras la ciudad entera se hallaba entregada al sueño, D.^a Cipriana Latorre de Vivanco, armada con su juventud y belleza, montó á caballo, y dirigiéndose á algunas leguas de Arequipa en donde estaban acampados dos regimientos, despierta á los coroneles, quienes fascinados por tantas seducciones unidas á aquel rasgo de intrepidez, arrastrados por su ardiente palabra y lo extraordinario del acto mismo que realizaba, cayeron á sus piés, se declararon dispuestos á seguirla y juraron morir por ella. Se toca inmediatamente á generala; los soldados se precipitan, la rodean y la aclaman. Firme y derecha en los estribos, los arenga á la luz de las antorchas; los vivas apagan su voz, y todo son juramentos y gritos de entusiasmo. Parte su caballo á escape, la tropa se precipita tras ella y la hubiera seguido hasta el fin del mundo. Las autoridades de Arequipa que dormían tranquilamente fueron presas en su propio lecho y guardadas por centinelas de vista, y después, al sonido de las campanas echadas al vuelo, la irresistible señora hizo proclamar á Vivanco por las tropas y por los notables de la ciudad reunidos en la Plaza Mayor. Vivanco, que se hallaba en Cuzco, tuvo noticia por un enviado de su romántica proclamación. Titulóse Director Supremo y se dirigió á Lima. Vidal, que estaba próximo á partir, dejó pacíficamente el puesto, y el Perú registró una revolución mas en sus anales.

La ardiente Lima acogió con alegres festejos y demostraciones ruidosas al Presidente que le deparaba el cielo por medio de tan rara aventura. Públicos regocijos y salvas de artillería saludaron al esposo de D.^a Cipriana, quien siendo como era jóven, elegante y de modales distinguidos, personificaba la civilización de su país en lo que ella tiene de más agradable. Las corridas de toros,

las cabalgatas y las procesiones reaparecieron en la ciudad del sol y de las flores, y los poetas de circunstancias empuñaron sus lirras. D.^a Cipriana volvía locos á los hombres; las mujeres y el pueblo se entusiasmaban á la vista del elegante y distinguido Vivanco. En semejantes condiciones, creyó el Director Supremo que podía ensayar impunemente la dictadura, y en consecuencia aplazó por un año la convocatoria del Congreso, licenció el numeroso é inútil estado mayor del ejército, destituyó á los funcionarios improbos, y dirigió recriminaciones públicas á una magistratura venal y corrompida; y cuando iba á realizar útiles reformas, fué arrastrado hácia la reacción y la violencia por una conspiración, cuyo principal instigador era el inevitable Lafuente. Algunos jefes de partido considerados é influyentes fueron deportados, entre ellos Castilla, ministro de la Guerra en tiempo de Gamarra y su jefe de Estado Mayor en Yngavi. Castilla se corrió hácia el Sur, sublevándolo en nombre de los principios constitucionales y se dirigió á la capital. Lima que adoraba como nunca al fastuoso Vivanco y á la seductora Cipriana, se armó para la resistencia, en medio de las mas locas manifestaciones. Todos los ciudadanos se alistaron. Castilla no se atrevió á seguir adelante y esperó refuerzos. Vivanco hizo partir una división, que se dejó sorprender; él mismo salió á campaña, pasaron varios meses, durante los cuales los dos ejércitos se buscaban sin encontrarse, y se hubiera eternizado aquella crisis a no haber sobrevenido un accidente imprevisto que le dió un nuevo giro. Todo es inesperado en esos países que vinieron ayer á la vida pública. El gobernador de Lima, D. Domingo Elías, hombre influyente por su posición social y por sus riquezas, puso sencillamente la mano en el poder mientras Vivanco y Castilla parecían jugar al escondite en las llanuras y por las montañas del Sur. En la mañana del 17 Junio de 1844, escoltado por unos treinta soldados, se dirigió al palacio de la Presidencia, y por

medio de un pronunciamiento se declaró Presidente de la República.

Aquel golpe de Estado presenciado con la mayor indiferencia por parte de la población de Lima, dió por resultado asegurar el advenimiento de Castilla después de un año de luchas civiles. Don Ramon Castilla, natural de Javacapa en la frontera de Bolivia, tenía á la sazón cuarenta y ocho años. Capitan en el ejército español cuando estalló la guerra de la Independencia, había abrazado la causa de los patriotas y tomó parte en la batalla de Ayacucho. Mezclado en la política desde 1830, se le vió siempre adicto al poder que presentaba mayores condiciones de estabilidad. Fiel durante mucho tiempo á Orbergozo que le había nombrado general de brigada, se unió á Salaberry cuando aquel entregó el Perú á Santa Cruz, y en 1835, después de haber tomado parte en los desgraciados combates de Yanacocha y Socoboya, se refugió en Chile. Cuando este país se armó contra Santa Cruz, Castilla tomó el mando de la caballería y asistió á la batalla de Jungay. Obligado á tomar por segunda vez el camino del destierro después de la derrota y muerte de Gamarra, intentó agrupar al rededor de la Constitución, abiertamente desconocida, á todos los adversarios del usurpador. Secundado por los generales Nioto é Iguain, derrotó á Vivanco cerca de Arequipa y entró en Lima, en donde, para conservar las apariencias de la legalidad, Menendez, Presidente interino de derecho, después de la muerte de Gamarra, volvió á tomar la dirección de los negocios mientras se esperaban las elecciones. Estas, como era natural, llamaron al poder en 19 Agosto de 1845 al vencedor Castilla.

Bajo la administración de este, el Perú halló la tranquilidad; se restableció el orden en la Hacienda pública; fué reducido el ejército permanente, modificada su organización, y el alistamiento discrecional sustituido por la conscripción. La marina tomó cierto

incremento, y dió excelentes resultados la construcción de buques de vapor; datando de esta época el establecimiento de la fundición de cañones de Bellavista. Los diversos ramos de la Industria y del Comercio nacional fijaron la atención del Gobierno, estableciéndose, con la explotación del guano, recursos para la prosperidad general hasta entonces desconocida. En fin se construyó el primer ferro-carril que une la capital con el puerto del Callao.

En 20 de Mayo de 1851 Castilla dió cuenta al Congreso de la situación de la República y entregó el poder á D. José Rufino Echenique, que había sido elegido para sucederle. Esta era la primera vez que la autoridad suprema pasaba de una mano á otra sin sacudidas ni revoluciones. El general Echenique se pronunció por la rebaja de los derechos de aduanas, é hizo un llamamiento á los emigrantes europeos. Tuvo que combatir la insurrección intentada por el ex-dictador Vivanco y el general San-Roman, y la opinión se le declaró hostil cuando favoreció los alistamientos que Flores, ex-presidente del Ecuador, hizo en el Perú, teniendo por este motivo que despedir al ministerio. En 1852 sobrevino un conflicto entre los Estados-Unidos y el Perú respecto á la posesión de las islas de Lobos muy ricas en guano; conflicto que terminó por mediación de Francia é Inglaterra que se pronunciaron contra las pretensiones del gobierno de Washington.

Entre tanto la política del nuevo Presidente parecía amenazar al país con una contra revolución. Castilla hizo un nuevo llamamiento á las armas y marchó contra Echenique á la cabeza de un numeroso partido, y este abandonado por las tropas apenas tuvo tiempo, en 5 de Enero de 1855, de volver á Lima y de ponerse bajo la protección del pabellón inglés. A la misma hora era proclamado por el pueblo su adversario. Las elecciones de 1858 devolvieron el poder á Castilla, ó mejor dicho al Gran Mariscal, pues así era llamado el Presidente de la República. Poco después sur-

gieron dificultades entre éste y el Congreso convocado para revisar la Constitución, concluyendo por disolverlo, con el pretexto de que empleaba mal sus sesiones, y que iba más allá de su derecho al fijar la época en que debía volver á reunirse. Lo cierto es que el Congreso había intentado deponerlo por llevar al gobierno interior y á las relaciones extranjeras instintos nebulosos y despóticos. En 10 de Diciembre de 1859 se hicieron nuevas elecciones, dando por resultado una Asamblea que acogió Castilla con el firme propósito de no tomar consejo sino de su propia voluntad, resolución tan anticonstitucional como propia de un militar. Sus conocidos proyectos de conquista y anexión le habían valido una popularidad que esperaba explotar en último caso. Por la misma época Castilla intentaba desmembrar la República del Ecuador y anexionarse la de Bolivia, aprovechándose de las disensiones que él mismo favorecía en estos dos países. La aparición en Marzo de 1860 de un buque francés en la bahía del Callao para exigir ciertas reparaciones y satisfacciones para los naturales de aquel país, le hizo perder toda esperanza; desvaneciéndose con el mismo golpe una gran parte de su prestigio militar. Tuvo que contentarse con proferir ciertas amenazas y con protestar contra la anexión de Santo Domingo á España.

En 10 Noviembre de 1860 fué por fin proclamada la Constitución que modificaba el pacto de 1858, y como consecuencia, los poderes del Estado se repartieron entre tres cuerpos independientes y distintos unos de otros: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. Formaban el segundo un Senado de 44 miembros y un Congreso compuesto de 110 representantes. La duración del período presidencial quedaba fijada en cuatro años. Algunas semanas antes un disparo hecho contra el Gran Mariscal le había herido en un brazo, habiéndose asociado á este atentado 150 hombres de un regimiento, lo que produjo ciertas medidas rigurosas que en aque-

lla ocasión alcanzaron á Echenique, Rivas y otros personajes.

Cuando tuvo lugar la deplorable intervención francesa en Méjico que el ministro Rouher llamaba descaradamente «el más bello pensamiento del imperio», y que constituye uno de los primeros errores del régimen imperial en aquel país; Castilla lanzó un violento manifiesto contra el gobierno que venía á destruir una República del Nuevo-Mundo y ofreció á Juárez recursos en armas y dinero. Los franceses residentes en el Perú fueron insultados, según se pretende, á instigación del Presidente.

Castilla transmitió la autoridad suprema al general Miguel San-Roman elegido en Junio de 1862. La lucha electoral había sido muy viva, entre el candidato del Gobierno y la oposición representada por Echenique, á quien los tribunales habían puesto en libertad, el general La Mar y Lopez Lavalle. Castilla, de quien se había sospechado que tenía el propósito de retener indefinidamente el poder para sí, se retiró tranquilamente á la vida privada. Al mismo tiempo la oposición perdía á su jefe Manuel La Mar que murió en aquella época. San-Roman, que tendría entonces unos 60 años, era reconocido como hombre honrado y de buenas intenciones. Se encargaba de la Presidencia en buenas condiciones de seguridad, y encontraba al país tranquilo y entrando de lleno por la senda del progreso económico y material. Bajo su iniciativa, el Congreso consagró dos millones de pesos á los trabajos públicos é hizo una ley para favorecer la emigración de los asiáticos. Su predecesor había dejado sin embargo á la República comprometida en cierto número de conflictos exteriores, debidos en parte á su carácter dominante y batallador. Agriábanse las relaciones con Francia é Inglaterra, y estaban á punto de romperse con las repúblicas de Bolivia y del Ecuador, pasando el Presidente de la última por querer hacer traición á América, á causa de sus ideas favorables á un protectorado europeo. San-Roman temía algun